

IVAN ILLICH O LA DESESCOLARIZACION

Gonzalo JUNOY

Germán GOMEZ ORFANEL

Una de las tendencias más significativas de los últimos años en el ámbito de la educación es el denominado movimiento de la desescolarización. Se trata de la orientación más radical—representada, sobre todo, por opciones teóricas—, ya que cuestiona la institución misma de la escuela (1). Los detractores del sistema tradicional de enseñanza constatan que la escolarización no ha resuelto ninguno de los graves problemas de la sociedad dinámica de nuestro tiempo. Su decepción está en el origen de este movimiento que, iniciado en los Estados Unidos de América con las obras de Paul Goodman, alcanzará su punto culminante con otros dos autores: Everet Reimer e Ivan Illich. De allí el movimiento se extendería rápidamente por Europa.

En términos generales, los argumentos de quienes apoyan la desescolarización son simples. Las escuelas, como las universidades, no buscan la expansión del individuo ni su liberación, sino proporcionar la mano de obra cualificada que necesita la economía de una sociedad clasista. La escuela debe morir—o ha muerto—para que la educación pueda vivir.

LA DESESCOLARIZACION EN PAUL GOODMAN

Paul Goodman fue el primero en formular diversos argumentos en favor de la desescolarización (*de-schooling*), que desarrolló en su libro *Compulsory miseducation* (1962). Su oposición a la escuela se basa en afirmaciones de índole moral a partir de un análisis de los defectos del sistema educativo norteamericano: «Las escuelas representan cada vez menos cualquier tipo de valores humanos, y sí representan un simple acatamiento a un sistema mecánico» (2). Goodman ataca la escolaridad obligatoria: «El sistema de escolaridad obligatoria se ha convertido en una trampa universal, que no sirve para nada. Una gran cantidad de jóvenes, tanto de la clase pobre como de la clase media, estarían en mejor posición tan sólo si el sistema no existiera, incluso aun cuando no recibiesen ninguna educación formal» (3).

El autor norteamericano está en contra de la creencia de que la educación sólo puede adquirirse en instituciones como la escuela. Al contrario, someter a los jóvenes al aprendizaje en centros docentes impide y distorsiona su desarrollo intelectual natural, les hace hostiles a la auténtica idea de educación, les convierte en conformistas y les uniformiza perpetuando los graves males que padece nuestra sociedad en la que cada vez hay menos sentimiento de comunidad. Desde muy pronto el joven se encuentra encauzado en una senda

(1) Vid. IAN LISTER: «El concepto de desescolarización», en *La Educación hoy*, vol. 1, núm. 2, febrero 1973, pp. 51-65.

(2) PAUL GOODMAN: *La deseducación obligatoria*. Edit. Fontanella. Barcelona, 1973, p. 28.

(3) *Ibid.*, p. 40.

preestructurada, en la que deberá conformarse si es que pretende llegar a ser alguien. «Los tests de aptitud y aprovechamiento, así como la dura lucha por acaparar las mejores calificaciones, constituyen una carrera en el ascenso de la escalera que conduce a empleos bien remunerados en los diversos negocios que existen en el mundo... En esta carrera, el tiempo es dinero en un sentido completamente literal» (p. 146). «Una sociedad que exige para llegar al "éxito" individual la posesión de un diploma o un certificado, incluso para los empleos más modestos, lo único que hace es crear frustración y represión, y pérdida de los auténticos valores del hombre: iniciativa, creatividad, espontaneidad, libertad» (4).

Para Goodman la tarea educativa debe tener como objetivo liberar y fortalecer la iniciativa de los jóvenes. Se deben multiplicar las formas de educación, apropiadas a cada talento, condiciones y motivaciones personales. Aboga por una educación informal y desinstitucionalizada que sirva para que cada uno pueda «explorar sus propios sentimientos y encontrar su identidad y vocación, aprender a ser responsable» (p. 140).

Existen numerosas situaciones de aprendizaje conectadas, con problemas y necesidades concretas de los individuos y de la comunidad en la que viven, que son elementos fundamentales de la educación.

Muchas de las afirmaciones de Goodman reaparecen en E. Reimer y en I. Illich. El resto de este artículo lo consagraremos al segundo autor por el impacto de sus trabajos, fundamentalmente los relativos a la desescolarización (5).

(4) «Es sobre todo, en las escuelas y a través de los medios de comunicación, y no en el hogar o a través de sus amigos, que la gran masa de nuestros ciudadanos de todas clases aprenden que la vida es inevitablemente rutina, que está despersonalizada y que sus categorías sociales se basan en la corrupción: que es mejor hacer lo que está mandado y cerrar la boca; que no hay lugar para la espontaneidad, la sexualidad abierta y un espíritu libre. Educados en las escuelas, se introducen en un mismo tipo de empleo, cultura y política. Esto es la educación: deseducación, socializar de acuerdo con la normativa nacional y estructurar de acuerdo con las "necesidades" nacionales» (p. 31). La escuela, la que sirve para mantener la infraestructura de la cual es producto, que forma niños a imagen de los adultos, transmite junto con el saber una moral, hábitos, normas. La escuela inicia a los jóvenes en la ideología dominante de la sociedad. Ahora bien, dirá GOODMAN: «la aplicación de un proceso ideológico es algo temible: sus víctimas pierden toda vitalidad intelectual».

(5) Aun cuando Reimer e Illich han dado a conocer independientemente las conclusiones de sus trabajos, entre ambos existió un «fecundo diálogo» de varios años de duración. Vid. Ricardo Nassif: La teoría de la «desescolarización» entre la paradoja y la utopía, en *Perspectivas*, Vol. V, núm. 3, 1975, pp. 364-376.

E. Reimer publica en 1971 su obra «School is dead: alternatives in education», cuya versión castellana edita Barral, Barcelona, 1973.

«La escuela ha muerto», de Reimer, podría quizá haberse titulado: «Las Instituciones han muerto», porque el verdadero ataque más que contra la escuela va contra el orden institucional, que es quien mantiene indefinidamente situaciones de explotación y esclavitud para las masas y de privilegio para una élite. Ese orden institucional viene definido por una serie de características como prometer ideales irrealizables, incluso absurdos, como son las promesas de progreso ilimitado a un número de personas ilimitado, etc. Una de las instituciones dotadas de esas características es la escuela, que es una institución que domestica socialmente, exige conformismo, enseña el consumo competitivo, enseña a los más espabilados a aprovecharse del sistema escolar para explotar a otros, etc. La escuela se ha convertido en la Iglesia universal de la sociedad tecnológica, transmitiendo su ideología y creencias, imponiendo sus mandamientos y normas sociales vigentes, sometiendo a las gentes. La escuela tal y como existe priva al niño del aprendizaje autónomo y sólo le enseña a aceptar valores dominantes, las jerarquías dominantes... sólo sirve para prolongar los mitos sociales como la igualdad de oportunidades, la ideología de la libertad, el mito del progreso, el mito de la eficacia.

IVAN ILLICH: PENSADOR CONTROVERTIDO

Ivan Illich es un símbolo de las controversias que atormentan al hombre moderno (6). Acusado de revolucionario, se convierte en una especie de héroe para un sector de la izquierda católica, principalmente en los Estados Unidos. Para unos, Illich es un soñador; para otros, un profeta, un reformista social. No falta quien le considera un espíritu subversivo y maligno que amenaza a la sociedad con su pensamiento corrosivo y negativo. Quienes alaban a Illich hablan de un «genial dispensador de ideas», de la «extraordinaria lucidez de un visionario», de un «prodigio de cultura» que «habla doce lenguas y vive como un asceta, pasando sus noches en devorar más libros que un hombre cultivado puede asimilar en una semana» (7). Sus acusadores denuncian su análisis social «seudocientífico», su dialéctica demagógica. Cualquiera que sea el juicio que merezca, lo cierto es que I. Illich, a partir de 1971, en que su obra se difunde en Europa, es objeto de debates apasionados entre filósofos, pedagogos, profesores de todos los niveles, sociólogos, médicos... Quizá más que expresar en muchos casos un pensamiento realmente original, Illich sea sencillamente un hombre eminentemente intuitivo, que se da cuenta de lo que acontece y expresa con claridad —marginando toda idea preconcebida— lo que muchos piensan confusamente.

La razón de estos debates y de los ataques tan duros, tal vez pueda encontrarse en las propias circunstancias que rodean el análisis de la realidad social que Illich elabora. Illich no es hombre de ningún grupo o partido, no representa a nadie; su voz aislada, en solitario, resulta para algunos irritante e impertinente. Su diagnóstico social, crítico, demoledor, no respeta los clichés ideológicos tradicionales. Nadie, sea de la derecha o de la izquierda, conservador o progresista, socialista o capitalista, queda a salvo de la crítica illichiana. Crítica que va más allá de las relaciones de producción para poner en tela de juicio una forma de producción: el industrialismo, que afecta por igual a regímenes socialistas y capitalistas.

Como él mismo ha recordado en varias ocasiones, su interés por la escuela no es más que una etapa en su crítica general de las instituciones y de la sociedad. En este sentido el pensamiento de Illich engloba los problemas escolares, los sobrepasa y busca solución en el corazón mismo de la sociedad. El tema principal en Illich no es, pues, el de la desescolarización —que sólo es un ejemplo—, sino el de la desinstitucionalización de la sociedad, o más precisamente el de una inversión global de las instituciones burocratizadas

[6] Nació en Viena en 1926. Su padre, ingeniero, era ruso y católico, y su madre, alemana y de origen judío. Estudió cristalografía en la Universidad de Florencia, al mismo tiempo que se interesaba por la psicología y la historia del arte. Se doctora en historia por la Universidad de Salzburgo. Después de cursar la carrera eclesiástica en Roma, es enviado a ejercer su ministerio en una parroquia de puertorriqueños de Nueva York, más tarde a Puerto Rico —donde llega a ser rector de la Universidad Católica—. Después de recorrer a pie durante dos años América Latina, establece su residencia en Cuernavaca (México). En 1961 funda allí un Centro de Información y Documentación (CIDOC) que primero acogerá esencialmente, a religiosos y misioneros en América Latina. Es en esta época cuando escribirá el primer texto que le dará una audiencia internacional, sobre la necesidad de detener la corriente de caridad paternalista organizada por los países ricos hacia los países pobres. El Centro de Cuernavaca se consagrará al estudio de la problemática latinoamericana, al aprendizaje acelerado del castellano y más tarde se transformará en una especie de Universidad Libre: al que acudía quien lo deseaba, sin títulos, sin profesores fijos. En 1976, I. Illich decide cerrar este Centro como consecuencia de las dificultades financieras que amenazaban al CIDOC.

A raíz de una campaña de opinión que se dirigió contra Illich como consecuencia de sus escritos y discursos, Illich entra en conflicto con las autoridades eclesiásticas locales. Su enfrentamiento con el Vaticano le llevará a solicitar la secularización.

[7] JEAN BAUBEROT: «Ivan Illich, L'éthique médicale et l'esprit de la société industrielle», en *Esprit*, février 1976, p. 304.

y tecnocratizadas. Los temas de la polución, la medicina o la planificación urbana, etc., constituyen parte esencial de su obra.

Las críticas de Illich contra la escolarización se encuentran fundamentalmente en su obra *La sociedad desescolarizada* (8), pero también en diversos artículos, conferencias, entrevistas, Illich ha ido desarrollando sus puntos de vista y aclarando algunas de sus ideas más controvertidas.

LA ESCUELA, INSTRUMENTO PARA MANTENER EL STATU QUO SOCIAL. DIAGNOSTICO DE UNA SITUACION

Ivan Illich elabora primero una crítica de la escuela institucionalizada como pieza clave de la sociedad industrial, para pasar posteriormente a proponer soluciones. Analizando el papel de la escuela en la sociedad actual llega a las siguientes conclusiones:

- La escuela obligatoria es una institución que impone «una jerarquía de consumo», a menudo sin relación ni con las necesidades del trabajo ni con las exigencias de la persona.
- La escuela obligatoria crea la ilusión de que lo esencial de la educación de la que una persona tiene necesidad viene de la enseñanza escolarizada. Esto es falso. Es cierto que «la enseñanza contribuye a la adquisición de ciertos tipos de conocimientos», pero el saber auténtico proviene de fuera de la escuela, de otras experiencias y actividades. Es fuera de la escuela donde todo el mundo aprende a vivir, a hablar, a pensar... La obligatoriedad escolar es un acontecimiento relativamente reciente surgido de un modo industrial de producción.
- La escuela es el rito de iniciación a la sociedad de consumo. Gracias a aquélla participamos del mito del consumo ilimitado. El consumo de la educación es una de las condiciones previas para el consumo de otros bienes y servicios. Para las escuelas, los conocimientos son productos manufacturados que, transformados por la industria del saber, se convierten en un objeto. A medida que el individuo adquiere más conocimientos aumenta su grandeza y su «éxito». Los detentadores de más conocimientos —«los capitalistas del saber»— pueden justificar un nivel de consumo más elevado en todos los campos.
- Estamos en plena «era escolar», así como antaño estuvimos en plena era cristiana. La iglesia y la religión se identificaron y lo mismo ocurre con la escuela y la educación. La iglesia erigió el ritual como obstáculo a la fe. La escuela disipa el contenido real de la educación. El fin de esa educación se pierde de vista (9). Por ello, la escuela es un mito, un rito, una nueva religión, un absurdo (10).

(8) I. ILLICH: *La sociedad desescolarizada*. Barral Editores, S. A. Barcelona, 1974. La obra original *Deschooling society* fue publicada en 1971. En ese año, se publicaba la versión francesa: *Une société sans école*, éditions du Seuil. Otras obras de Illich traducidas al castellano son *La convivialidad*, *Energía y equidad* y *Némesis médica*.

(9) «El rito de ir a la escuela posee un poderoso programa oculto... La primera cosa que el niño aprende de este programa oculto de la escuela es el antiguo adagio de fe corrompido por la inquisición: "fuera de la escuela no hay salvación", fuera de este rito no hay salvación... Por la promoción progresiva en la escuela el niño aprende el valor de una interminable compra y el deseo de grados anualmente anacrónicos. De la escuela aprende que su propio crecimiento es socialmente válido únicamente porque es el resultado de comprar una mercancía llamada educación». (Del discurso de I. Illich al Consejo Mundial de las Iglesias, en *The Education Times*, April 11, 1974, p. 14).

(10) «(Hoy) la fe en la educación da vida a una nueva religión mundial. La naturaleza religiosa de la educación es apenas percibida porque la creencia en ella es universal... Marxistas y capitalistas,

- Los demócratas han impuesto por todas partes la escolaridad obligatoria «esperando hacer depender la plaza futura de los méritos de cada uno situado al comienzo con las mismas oportunidades». De hecho, en América del Norte como del Sur, en Europa, lejos de igualar las oportunidades, la escuela las refuerza, acentuando la estratificación social. El hombre que por medio de sus estudios adquiere más títulos y diplomas, adquiere el derecho a más puestos a medida que se eleva en el sistema escolar. La meritocracia escolar abre el camino a los privilegios y a la elevada posición social.
- Incluso aumentando los créditos de ayuda a los desheredados, la escuela obligatoria se ha revelado incapaz de asegurar la justicia social.
- Además, la institución escolar ha creado la confusión entre enseñanza y educación. «Prisionero de la ideología escolar, el ser humano renuncia a la responsabilidad de su propio crecimiento, y por esta abdicación la escuela le conduce a una especie de suicidio intelectual.» Incluso si la escuela practica los métodos de la educación nueva, «la institución escolar obligatoria se ha convertido en la negación de la responsabilidad individual». La escuela aliena a los jóvenes, privando al «educando» de la realidad del trabajo creativo y de su propia libertad, de procurarse su propio proceso autónomo de aprendizaje. Es más, al proporcionar la ilusión de que la escuela asegura la educación y que es la única capaz de responsabilizarse de la misma, dispensa a la sociedad y a sus instituciones más o menos burocráticas de hacer el esfuerzo de transformación necesario para ser ellas mismas educativas.
- El coste de la escolarización es desproporcionado a sus efectos económicos y sociales. La escuela es costosa para las sociedades ricas: «Un diploma en los Estados Unidos cuesta cinco veces la renta de un año de un ciudadano medio de la mitad desheredada del mundo». Es ruinoso para las naciones pobres. Bajo el pretexto de dar a todos las mismas oportunidades, la escuela moviliza gran parte de los recursos públicos disponibles para educar tan sólo a unos pocos. Es absurda para todos. ¿Qué hacer? Desde luego ni prolongar ni democratizar el sistema escolar obligatorio, sino suprimir el principio mismo de la obligación escolar, desescolarizar la sociedad para crear a lo largo de la vida posibilidades de educación voluntaria a la disposición de los niños, de los adolescentes y de los adultos de todas las clases sociales, cada vez que el individuo sienta necesidad de ello. Illich propone nuevas instituciones educativas para todas las edades de la vida, «que es preciso llevar a la práctica sin esperar el cambio de la dirección política o el fin de la dominación de una clase social». En efecto, la institución escolar es en sí una institución represiva; su poder represivo ha sobrevivido a todas las revoluciones «es una ilusión tratar la escuela solamente como una variable dependiente de la estructura social».
- Por medio del «programa oculto», inculcado silenciosamente a todo el mundo por la existencia misma de la institución escolar, se legitiman la segregación y la dominación social.

los líderes de las naciones pobres y los de las superpotencias, rabines, ateos y sacerdotes comparten esta creencia. Su dogma fundamental es que un proceso llamado "educación" puede aumentar el valor del ser humano. Que da como resultado la creación de un capital humano y que conducirá a todos los hombres a una vida mejor». (*Ibid.* en *The Education Times*).

LAS SOLUCIONES PARA REEMPLAZAR A LA SOCIEDAD ESCOLARIZADA

Las nuevas instituciones educativas deberían tener, en su opinión, tres objetivos:

1.º Permitir a todos los que quieran aprender el acceso a los recursos existentes, no importando la edad, situación económica, social o cultural.

2.º Que aquellos que quieran compartir y participar de sus conocimientos puedan encontrar sin trabas de ninguna clase otras personas e instituciones que deseen adquirirlos.

3.º Proporcionar a quienes deseen presentar un problema al público los medios para hacerlo. Estas instituciones educativas deberían utilizar las redes de comunicación o del saber que permite la tecnología moderna. Podrían ser:

- Un servicio de objetos educativos. «Debería estar a la disposición de cada uno. Primeramente, depósitos descentralizados de libros, de bandas magnéticas, de magnetófonos, de fotocopadoras, de películas... a la disposición de todos, niños y adultos, en todos los momentos... y en todos los lugares en los que los hombres y sus hijos trabajan, permanecen, viajan, etc.»
- Un servicio de intercambio de conocimientos. Los objetos educativos pueden ser suficientes para la autoformación más o menos orientada, progresiva, programada. Pero puede haber necesidad de un iniciador, de un profesor que tenga una cualificación. Así, para aprender a hablar una lengua extranjera el recurso a un profesor es a menudo necesario. Hoy lo que restringe la utilización de estos profesores de saber-hacer es que se les obliga a tener diplomas más que competencias. Se podría crear un banco de intercambios de saber-hacer en todos los sectores de actividades. Cada ciudadano tendría un crédito de base con el que podría adquirir capacidades fundamentales.
- Servicio de educadores profesionales. «A medida que los ciudadanos se vean liberados de la manipulación por otro, aprenden a aprovecharse del conocimiento que otros han adquirido a lo largo de la vida. Una educación desescolarizada debería desarrollar, en lugar de ahogar, la búsqueda de hombres dotados de una sabiduría práctica, que ayudarían a quienes comienzan su aventura educativa.» Los padres tienen necesidad de ser guiados para guiar ellos mismos a sus hijos en el camino de la independencia educativa. Los alumnos tienen necesidad de una dirección en campos complejos. Los educadores profesionales deberían tener tres tipos de competencias educativas: «Una para crear y dirigir los tipos de intercambio evocados anteriormente; otra para dirigir a los estudiantes y a sus padres en la utilización de las redes educativas, y una tercera, para servir como "primus ínter pares" en los difíciles caminos de la curiosidad intelectual».

La realización de estos cambios requiere una «revolución educativa». Esta se basará, no sólo en una nueva legislación, sino también en nuevas «garantías institucionales» que deberían poner en tela de juicio «la misma obligatoriedad escolar» para reemplazarla por la obligación de todas las instituciones sociales de convertirse en educativas. El control social impuesto de la escuela sería sustituido por «una participación voluntaria en la vida social y cul-

tural, a través de todas las redes que darían acceso a todos los recursos posibles para la educación permanente». De hecho, estas redes existen ya, pero raramente se les utiliza con fines educativos.

Illich lleva el nivel del análisis crítico de la escuela y de la sociedad allí donde debe plantearse para evitar la ilusión de reformas más o menos parciales, reformas que «no buscan de hecho más que evitar el problema de la estructura profunda». Es partidario de una revolución institucional porque las instituciones coaccionan y manipulan al individuo y refuerzan la desigualdad. La igualdad que Illich propugna no consiste en hacer nacer en cada uno aptitudes y poderes iguales, sino en proteger las virtudes, las cualidades diversas con las que nace el individuo, y permitir su libre y espontáneo desarrollo. El saber, es para Illich, una experiencia existencial de la vida, es el aprendizaje y éste es la meta de la educación. Entendido así el saber —y no como mercancía comerciable—, es el resultado de un desarrollo personal autónomo.

Illich advierte del peligro de que sus sugerencias sobre las redes del saber se interpreten mal y sirvan para reforzar las instituciones de la sociedad actual. Para él, lo auténticamente importante en una alternativa a la educación es que se proporcione a cada hombre la posibilidad de comprender su medio, labrarlo con sus propias manos, de comunicarse mejor que en el pasado. Lo que cada día se hace más difícil es el deseo que tiene cada individuo de aprender y de saber: la comunicación entre los individuos. Siempre se ha procurado «hacer aprender» a los hombres, sin preguntarse si lo principal no era «crear un nuevo estilo de relaciones educativas entre el hombre y su entorno».

La comunicación entre los hombres tiene, pues, según nuestro autor, un inmenso poder creativo. Cada uno puede ser, en cualquier edad, el maestro de otro. Cada uno debe tener acceso, no sólo a los medios educativos, sino también a todas las actividades que constituyen nuestra vida cotidiana y que son fundamentalmente educativas. En esta situación el hombre se encontrará a sí mismo.

Contrariamente a lo que con cierta frecuencia se ha dicho como fruto de interpretaciones superficiales del pensamiento de Illich, éste no pretende destruir, ni suprimir, ni cerrar las escuelas, sino «hacer el medio ambiente de la escuela tan educativo que la escuela se disuelva, se trivialice y se convierta en un medio neutro» (11). En varias ocasiones ha explicado nuestro autor lo que quería decir con la palabra desescolarización. La escuela basada en la libre motivación de las partes forma parte del tipo de sociedad que Illich propugna. La crítica de Illich va dirigida no contra la escuela como lugar de aprendizaje, sino contra la sistematización de las escuelas o si se quiere contra el sistema escolar una vez que ha sobrepasado ciertos límites. «En ningún momento, trata (Illich) de criticar la pedagogía o lo que se hace en un lugar particular, sino más bien lo que viene determinado por un sistema general y ritualizado: La edad escolar, la presencia (en la escuela) a tiempo completo, la separación maestro-alumnos», o lo que es lo mismo, ese «proceso obligatorio, rígido, jerarquizado, reservado a una edad específica; que responde más a las exigencias de un plan de estudios que a las

(11) E. VERNE: «Le Message d'Illich», en *Education et Gestion*, núm. 2, 1973, p. 18. De la misma opinión es D. J. PIVETEAU: «L'ennemi des écoles n'est pas Illich», c'est le système scolaire», en *Orientations*, núm. 45, Janvier, 1973, pp. 5-24.

motivaciones de los alumnos, y que preserva el monopolio de conocimientos certificables a un sistema de exámenes» (12).

La «sociedad convivencial» que Illich presenta como alternativa a la «sociedad industrial» no es una sociedad sin lugares de enseñanza, sino una sociedad en donde el acceso a la cultura y su creación pasan a través de instrumentos desescolarizados, es decir, controlados por el hombre y la colectividad en la que se integra, y al servicio de la persona y no al del cuerpo de especialistas» (13).

EL ENSEÑANTE: GUARDIAN, PREDICADOR Y TERAPEUTA

¿Cuál es el papel que tiene el profesor en el sistema educativo? Para Illich el profesor desempeña un papel que corresponde a ciertas exigencias que están en la base de todo sistema educativo. La «escuela» —dirá Illich— «hace del maestro a la vez un guardián, un predicador y un terapeuta». En el sistema escolar, el alumno debe demostrar, de nivel en nivel, que ha adquirido los conocimientos necesarios para progresar. Sin esto se verá condenado a abandonar o a verse excluido. El diploma que se otorga al finalizar con éxito unos estudios es la recompensa que se concede al alumno por haber sabido conformarse a un cierto modelo, por haber satisfecho determinadas exigencias. El diploma garantiza la «competencia» y permite poder ejercer una profesión. El maestro, en la medida en que debe asegurar la supervivencia y salvaguarda de un sistema montado sobre estas características, se convierte, para Illich, en un guardián que posee un saber regulado y garantizado por un diploma, que le otorga el monopolio de la administración legítima del saber en la escuela. Pero el enseñante es también un predicador. Es él quien dice lo que debe hacerse, cuáles deben ser las conductas a realizar, etc. (14). Con ello no se contenta con ser un simple guardián. Incluso si el maestro parece dejar expresarse libremente a sus alumnos, en realidad, él selecciona los elementos razonables y útiles, los que les son precisos para retener y proseguir sus estudios. Es el maestro el detentador de la verdad y de los valores, el que señala el límite entre el bien y el mal. Incluso aun cuando él no se dé cuenta, es de esta forma como se le considera.

Por último, el maestro es un terapeuta, «se cree autorizado a examinar y a conocer la vida personal de cada uno». El es quien cura los males del espíritu. El es la norma y muestra cómo hay que comportarse para conformarse a la norma. «Es paradójico —escribirá Illich— querer pretender que una sociedad liberal pueda fundarse sobre el sistema escolar que hoy conocemos. En las relaciones maestro-alumnos no se respeta ninguna de las garantías de la libertad individual».

En su triple función, el maestro permite a la escuela perpetuarse conservando su aspecto coercitivo. En efecto, la escuela es el único camino de

(12) E. VERNE: «L'Ecole de la desescolarisation», en *L'Arch*, núm. 62.

(13) *Ibid.*, p. 26.

(14) «En todos los países el educador usa el mismo ritual para seducir u obligar a otros a aceptar su fe. Este ritual se denomina asistir a la escuela... La liturgia de la escuela tiene los mismos rasgos en todas partes. Los niños son agrupado por edades. Tienen la obligación de asistir a los oficios en un recinto sagrado para este propósito que se llama la "clase": tienen que realizar tareas que producen educación porque están señaladas por un maestro titulado; y deben progresar en la gracia que la sociedad les concede yendo de grado en grado». (Opus. cit. en *The Education Times*).

acceso al ejercicio de una profesión. Es preciso pasar por un aprendizaje para desempeñar un oficio. Y el diploma, a la vez que una garantía, es el elemento principal de «protección» de la profesión. El alumno se ve obligado a consumir el programa escolar; una burocracia decide lo que debe estudiarse; el derecho de enseñar se reserva a una categoría de profesionales; de esta forma, la escuela se presenta como la introducción al mundo del consumo. A medida que se «consume» más escuela, se tiene la creencia de que el grado de desarrollo económico es mayor, porque en todas partes existe la tendencia a medir el desarrollo económico de un país según el grado de desarrollo de su escolaridad.

LA SOCIEDAD CONVIVENCIAL FRENTE A LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

Una de las consecuencias es que la escuela mantiene el rito del progreso. Para Illich, el hombre contemporáneo, al igual que el hombre primitivo, se encuentra maravillado. La única diferencia es que ha olvidado su poder de acción que ha confiado a instituciones especializadas. La escuela no produce sólo «competencias», sino también «especialistas». Es más, la escuela es elitista. Es el reino de la meritocracia, al que sucede, en la vida, el reino de los especialistas. «El hombre es ahora el juguete de los sabios, de los ingenieros y de los planificadores». El enseñante es el especialista de la enseñanza. Y se confunde educación e instrucción como, más tarde, se confunde empleo y trabajo. La escuela no enseña nada, no descubre nada, sólo reproduce.

Para ejercer esta función reproductora del sistema económico y social, la escuela debe ejercer un poder que es el de reprimir los deseos individuales para conformarlos a la realidad de las exigencias industriales. La escuela tiene necesidad de una «materia prima» moldeable.

En última instancia lo que Illich propone es el establecimiento de nuevas relaciones sociales y un nuevo modo de vida, que él denomina «convivencial», adaptado a una era posindustrial, y que no es sino el control que el hombre puede tener de sí mismo y de su entorno. En su obra *La convivencia* generaliza y profundiza la crítica social radical que hizo en *La Sociedad desescolarizada*. En aquélla, Illich plantea el problema del control del hombre sobre sus herramientas y sugiere los caminos que tiene ante sí para pasar a esta sociedad (15). En efecto, pasado un cierto límite de crecimiento (un límite de consumo, de educación institucionalizada, a partir del cual aumentan las desigualdades, los recursos dejan de ser eficaces, las alienaciones se multiplican) nuestras herramientas, destinadas a facilitar las acciones humanas, escapan al control del hombre y se vuelven contra él para condicionar su vida. Su utilización entraña, entonces, para el individuo, la dependencia, la explotación y la impotencia (16).

(15) Por herramientas explica Illich, no entiendo solamente la quincallería habitual, los materiales de construcción, los motores grandes o pequeños sino también las instituciones productoras de bienes materiales y los sistemas productores de bienes inmateriales como la educación, las decisiones, el apaciguamiento de los conflictos.

(16) Uno de los conceptos básicos de la lógica del pensamiento de Illich es el de doble efecto. Toda institución, educación, salud, transporte, etc., produce siempre un primer efecto positivo, pero luego, a partir de un cierto umbral —que hay que determinar—, aparece un segundo efecto negativo, que da lugar a un proceso de deteriorización que provoca el estallido del tejido social y destruye la unidad del hombre.

Este proceso es inseparable del modo industrial de producción que existe hoy. La producción en serie de bienes y de servicios de consumo obligatorio, la supercomplejidad de las herramientas incomprensibles para sus usuarios, la creación irresistible de una demanda imposible de satisfacer, la sugestión publicitaria... todo esto explica la sumisión del individuo a los monopolios de manipulación de las necesidades, la superconcentración de los privilegios y de los poderes, el desarraigo cultural, la insatisfacción frenética, todas las formas modernas de desequilibrio, de vértigo y de miseria, y desde esta «perspectiva, Illich no acepta las instituciones económicas de la sociedad industrial, que no son compatibles con un modo de producción convivencial que es lo contrario de la productividad industrial» (17).

Ivan Illich cuestiona todo el modelo industrial y productivo de la sociedad. Detrás de la idolatría del crecimiento y del poder productivo está también el aspecto ilusorio de la idea del progreso, de la idea de que el hombre puede ser maestro y poseedor de la naturaleza, de que la felicidad está al término de la dominación del mundo, de que las necesidades humanas puedan satisfacerse mediante la producción y el control de las cosas, de que la ciencia es la llave suprema. Illich crítica así todas las creencias del pensamiento occidental vigentes hace varios siglos. Más que la desigualdad social, es la pérdida de la autonomía individual lo que constituye para Illich el escándalo radical de nuestra época. El hombre en la situación actual, no sabe hacer ni aprender nada por sí mismo, con sus propias fuerzas. En las sociedades industriales, el destino del hombre que es la libertad, la posibilidad de actuar y de pensar de manera autónoma, y de entrar en relación creadora con los demás, queda asfixiado por la manipulación monopolista, por la superproducción que multiplica los deseos y crea las frustraciones. La verdadera pobreza consiste en haber perdido toda posibilidad de actuar, en estar condicionado en los deseos y en las acciones por los monopolios de programación y de asistencia. Pero la autonomía de cada uno no debe significar una óptica individualista, al contrario, todos deben compartir sus conocimientos (18).

Evidentemente, el hombre necesita herramientas para desenvolverse, pero deben ser manejables, transparentes, auténticamente instrumentales, hechas a la medida del individuo, que le den libertad de obrar por sí mismo, adaptadas a su dimensión humana, y no controladas por otros.

La herramienta convivencial que Illich propone se opone a la herramienta alienante del modo de producción industrial caracterizado por la burocratización y la especialización. La convivencialidad se concibe para facilitar la acción autónoma y la comunicación fecunda entre las personas. Lograr un tipo de sociedad convivencial exigiría integrar las adquisiciones irreversibles de la tecnología moderna, pero a condición de reorientar esta tecnología en función de la autonomía individual y de las exigencias de la relación comunitaria; Illich «no trata de detener el progreso, sino de darle un sentido; no pretende romper con la técnica, sino reorientarla hacia usos comunitarios que sean dominables» (19). En Illich la solución, pues, no se encuentra en reemplazar a quienes detentan del poder, «en el fondo, la toma del poder del Estado y más ampliamente la acción política interesan poco a Illich, per-

(17) ETIENNE VERNE: *L'École de la déscolarisation*, p. 29.

(18) Vid. ALAIN DURAND: «Retooling Society», en *Esprit*, 1973, pp. 17-32.

(19) J. M. DOMENACH et P. THIBAUD: «Avancer avec Illich», en *Esprit*, juillet-août, 1973, p. 14.

suadido de que unos y otros cambiarán prácticamente poco las cosas si las dimensiones de las herramientas y la naturaleza de las instituciones no se transforman radicalmente» (20). Tampoco es para Illich decisivo la propiedad o no de los medios de producción; lo que es más importante es el control de la producción de los medios y de las características de los objetos producidos.

EL RELANZAMIENTO DE FORMULAS DE EDUCACION INFORMAL

Cuando I. Illich publica *La Sociedad desescolarizada*, ya hacía tiempo que se venía hablando de la crisis de los sistemas educativos y de la necesidad de renovar las estructuras y las instituciones educativas, los programas, los métodos pedagógicos, etc., para adaptarlos a las necesidades de una sociedad evolutiva. Como ejemplo del esfuerzo de reflexión sobre la reforma de los sistemas educativos emprendido a escala nacional e internacional, la Comisión internacional para el desarrollo de la educación (UNESCO) publica en 1972 el celebre informe «Aprender a Ser», que, a partir de un balance crítico de la situación de la educación en el mundo, trazaba unas orientaciones y recomendaciones para «ayudar a los gobiernos a formular estrategias nacionales para el desarrollo de la educación», y cuyas ideas centrales eran las de superar las instituciones educativas vigentes transformándolas o completándolas por otras formas de educación, y la búsqueda de una educación diversificada, ampliada, que debía convertirse en un «proyecto continuo de la sociedad»; de una sociedad transformada en «ciudad educativa» en favor de todos los individuos y a lo largo de toda su vida. El informe se hace eco de las críticas que se venían haciendo a la escuela como institución fundamental de los sistemas educativos, preconizando la ampliación del concepto de educación en el tiempo y en el espacio, la educación permanente y la «desformalización» de las estructuras educativas, aunque viendo en la expansión de la educación elemental el único camino hacia la liberación de las categorías desfavorecidas.

Ivan Illich ve en las estrategias de las políticas educativas actuales —preconizadas por organizaciones internacionales—, que giran en torno a los principios de la igualdad de oportunidades y de la educación permanente, una consolidación de las instituciones existentes en la sociedad industrial, y un aumento de las contradicciones en que se apoyan las políticas de escolarización obligatoria. «A medida que se está más de acuerdo sobre la inutilidad de los gastos educativos que se han hecho exorbitantes, sobre la miseria social que mantienen y enmascaran, sobre la frustración que desarrollan, se ingenia la sustracción de nuevos recursos para alimentar otros presupuestos educativos» (21). Las críticas que se han hecho a los sistemas escolares, las reformas introducidas como resultado de nuevas políticas educativas, no han servido —argumentará Illich— más que para apuntalar la escolarización obligatoria, para pasar «de un tratamiento educativo limitado a la primera edad a la asistencia educativa permanente». El programa oculto que subyace en la ideología de la escolarización obligatoria permanece intocado, por lo que «las políticas no podrán más que corregir, compensar o limitar los disfun-

(20) *Ibid.*, p. 16.

(21) I. ILLICH et E. VERNE: «Le piège de l'école à vie», en *Le Monde de L'Education*, Janvier, 1976.

cionamientos de superficie». Los individuos y los grupos sociales continúan sin disponer de los recursos suficientes para poder determinar por sí mismos sus necesidades educativas y la forma de satisfacerlas.

La desescolarización ha sido asimilada por la sociedad industrial y utilizada en su propio provecho. Análogamente se han dado a la educación permanente las funciones que la escuela encuentra cada vez más incapaz de satisfacer. Esta transferencia, que no es más que una ilusión educativa, representa una trampa sutil, que consigue industrializar y mercantilizar aún más el saber. «La educación a lo largo de la vida se impone como proceso sin fin, y así como instrumento obligatorio». El éxito de la escolaridad obligatoria consiste, pues, en ir extendiéndose a todas las edades. La sociedad industrial, en sus mecanismos de autorreproducción, ha descubierto las ventajas que puede obtener de la institucionalización de la educación permanente, que le proporciona nuevos sujetos consumidores—los adultos—, nuevas actividades de formación—en la vida activa y en el ocio, en las empresas y fuera de ellas—, nuevos especialistas de la formación continua, la reproducción-adaptación de la fuerza laboral a empleos diferentes en función del mercado de trabajo.

«El aumento de los presupuestos, como el poder y el prestigio concedidos a la educación, están en camino de pasar de los enseñantes y de las escuelas a los formadores y a sus sistemas multimedia para lograr un control más sutil e invasor de los individuos. La institucionalización de la formación continua va a transformar la sociedad en una inmensa sala de clase... Es urgente abrir un proceso público de los costes políticos, culturales y éticos de una educación desescolarizada. Los países pobres, más que los países ricos, pueden todavía elegir la diversificación de las oportunidades de aprender en el marco de un modo de vida convivencial gracias a la multiplicación de experiencias personales significativas» (22).

RESUMEN

La crítica que Illich realiza a la escuela y sobre todo a los efectos de la escolarización, constituye sólo un aspecto, si bien uno de los más conocidos, de su visión de la sociedad y del conjunto de su pensamiento. Illich señala cómo las sociedades «avanzadas», sean capitalistas, socialistas o de otro tipo, tienden a un crecimiento continuo e ilimitado de la producción y del consumo. Los economistas occidentales explican la necesidad de tal crecimiento, como consecuencia de los deseos ilimitados de los consumidores, de sus expectativas a mejorar el nivel de vida, demandas que el partido que pretenda mantenerse en el poder debe satisfacer. Los economistas socialistas, explican la misma necesidad de crecimiento ilimitado como la manifestación de un progreso histórico... Tanto unos como otros parecen estar de acuerdo en un punto: la evolución histórica fundamental es la de la tecnología, lo cual entraña un acrecentamiento irresistible e irreversible de la productividad (23).

En todo tiempo y en toda sociedad, los hombres han buscado el satisfa-

(22) *Ibid.*

(23) IVAN ILLICH. *Inverser les Institutions*, en *Esprit*, mars, 1972. pp. 338-339, *op. cit.*, pp. 338-339.

cer una serie de necesidades como son el aprender, el desplazarse, el conservar la salud, organizando dos modos de producción (en el sentido empleado por Illich) de naturaleza muy diferentes: un modo de producción autónomo y otro heterónimo. Así se puede aprender observando, actuando, relacionándose con los demás y con el medio ambiental (modo de producción autónomo), o se puede hacer siendo educado, es decir recibiendo una información obligatoria, por parte de individuos destinados a ello (modo de producción heterónimo). Es posible desplazarse de un punto a otro por los propios medios, usando la propia energía o ser desplazado en un vehículo. El modo de producción autónomo—según Illich— produce valores de uso, normalmente no sometidos al mercado, mientras que el heterónimo produce «mercancías» a disposición de los consumidores. En la sociedad industrial predomina el modo heterónimo, para vivir o sobrevivir en ella no basta con las iniciativas y energías propias de cada individuo o del grupo de que se forma parte, sino que es preciso utilizar los servicios producidos por grandes instituciones (24). Así a medida que el abastecimiento de las necesidades humanas (educación, movilidad, salud) se institucionalizan, las instituciones en cuestión definen el producto particular (escuela, coche, hospital) y controlan el acceso al mismo, pudiendo surgir oposiciones entre la satisfacción general de las necesidades y los «intereses» de las instituciones que se ocupan de tal satisfacción. Es decir que las instituciones pueden dejar de estar al servicio del hombre, independizándose de él e incluso llegando a dominarlo. Es posible incluso una dictadura de la técnica.

Illich, utiliza la noción de «contraproductividad» al referirse el momento en que una institución deja de producir efectos satisfactorios, empezando a generar más efectos negativos que positivos. Ante un crecimiento continuado llegará un momento en que la institución se vuelva incluso contra sus propias finalidades y llegue a constituir un peligro para la comunidad social. Por ello Illich propondrá como tarea decisiva, fruto incluso de un acuerdo de naturaleza política, la de poner límites a la productividad, ya que lo que precisa el hombre para su bienestar con el máximo de autonomía y libertad, se inscribe dentro de unos límites, uno mínimo para vencer la miseria y la escasez y otro máximo cuya superación genera la dominación.

Illich recalca, pues, la necesidad de imponer «límites» al crecimiento ilimitado característico del industrialismo, que genera el que se considere a la productividad como el supremo valor. Para él, la abundancia no es la condición de la libertad (25) y la aspiración al consumo máximo manifiesta y supone la pérdida de las capacidades naturales de actuar. La sociedad empieza a destruirse, cuando el hombre no puede servirse libremente de sus capacidades, cuando estamos aislados los unos de los otros, cuando el poder está concentrado en manos de unos pocos, cuando la especialización es extrema... Estos fenómenos son típicos de las sociedades industriales, ya que el modo de producción industrial se caracteriza por la obsesión inagotable de consumir objetos y por una red de instituciones sociales destinadas a condicionar a los individuos a fin de que consuman y trabajen industrialmente. Pudiéndose distinguir entre «una masa de usuarios que aceptan los obligados

(24) JEAN PIERRE DUPOY: «Ivan Illich et la némesis Industrielle», en *L'Arc*, pp. 42-55.

(25) Hay quien ve un notable contraste entre la necesidad de límites que propugnan Illich, y las concepciones utópicas del marxismo acerca de la posibilidad de la abundancia, del reino de la libertad en la que cabrá la satisfacción de todos los deseos.

crecimientos en nombre de esperanzas delirantes y los tecnócratas, amos de la producción, que defienden su poder y privilegios alimentando las esperanzas prometeicas de sus súbditos» (26).

Ya ha quedado señalado cómo frente al modo de producción industrial generador de productivismo, Illich ofrece como alternativa la construcción de una sociedad «convivencial». Convivencialidad como algo opuesto a productividad y que hace referencia a relaciones autónomas y creadoras entre las personas entre sí y con el entorno (27). La sociedad convivencial supone la vigencia de valores como la autonomía, la creatividad, el control personal sobre el útil o instrumento, el empleo de la propia energía... todo ello supone la transformación de las instituciones (*Inverser les Institutions*).

La crítica del modo industrial de producción abre la vía a la posibilidad de definir conceptualmente otros modos posindustriales, en los cuales la desvalorización de la productividad contribuirá al mantenimiento del equilibrio indispensable, pues, en caso contrario, en la etapa avanzada de la producción en masa, una sociedad podría producir su propia destrucción. Lo que Illich propugna no es una vuelta hacia atrás (no sería posible) o negar las conquistas científicas como tales, sino más bien una utilización de las mismas que conduzca a una especialización en las tareas, a una institucionalización en los valores y en suma a una centralización del poder (28).

Illich concibe a la escuela como una institución paradigmática de la sociedad industrial, que convierte a la educación en un producto, transformando los conocimientos en bienes manufacturados, que se integran en programas y son transmitidos acumulativamente por especialistas. La existencia de las escuelas crea la demanda de educación, pues obliga a un consumo de bienes intelectuales, y se presenta como la promotora de todas las esperanzas del hombre, como la panacea universal, actuando como institución remuneradora, fuente de prestigio y de fracaso, de poder y de riqueza, que determina que el valor de un individuo se mide en virtud del éxito y duración de sus estudios.

Los establecimientos escolares, si bien desempeñan un papel educativo, constituyen más bien una perversión institucional de la educación, ya que si ésta sólo puede adquirirse en las escuelas, sólo aquellos que se sometan a su disciplina en los niveles inferiores serán admitidos a los superiores. Únicamente aquellos que cursen un número elevado de años de escolaridad tendrán acceso a los niveles más elevados del consumo, prestigio, el poder y la riqueza. Propone «desburocratizar la enseñanza» y permitir que la educación que está «difusa» en la sociedad, salga a la luz de modo que la sociedad entera, se haga educadora y todo el mundo pueda aprender y enseñar.

Illich recoge las principales críticas realizadas al sistema escolar y las teoriza en torno a la noción de contraproductividad (29).

Existe una contraproductividad económica del sistema escolar, ya que el crecimiento de los presupuestos destinados a educación aumenta al ser cada vez más elevados los costes de formación social, puesto que ni la reducción de la desigualdad de oportunidades, ni el alargamiento de la escolaridad,

(26) J. M. DOMENACH y P. THIBAUD: *Op., cit.*, p. 10.

(27) IVAN ILLICH: *Inverser les Institutions, op., cit.*, pp. 324-325.

(28) *Vid.*, el artículo de Rosiska Darcy de Oliveira y Pierre Dominice: «Illich Freire: Pedagogía de los oprimidos. Opresión de la pedagogía», en *Cuadernos de Pedagogía*, núm. 7-8, julio-agosto 1975, p. 8.

(29) ETIENNE VERNE: *L'École de la desescolarisation, op. cit.*

afectan sustancialmente a las desigualdades sociales, pedagógica, dado que cuanto más se alarga o se fuerza la escolarización más se mata el deseo de aprender y psicológicamente pues cuanto más se intensifica la demanda de educación, más aumentan las frustraciones de los individuos, ante las expectativas de empleo por ejemplo.

Las tesis de Illich han servido asimismo más que para desescolarizar la escuela y menos aún la sociedad, para justificar un relanzamiento de fórmulas de educación permanente, e incluso a la organización de sistemas «desescolarizados» de formación continua donde los beneficiarios son incluso menos autónomos que en la escuela.

. . .

Illich, parece otorgar un estatuto de autonomía a la escuela y al sistema educativo en general, en relación con la sociedad global. Al equiparar con frecuencia sociedades de tipo muy diferente (capitalistas, socialistas, países desarrollados, del Tercer Mundo...) en cuanto todos han establecido sistemas de escolarización, se desconoce el grado de desarrollo de cada país e incluso las características diferenciales de los mismos. Por ello se ha dicho, no sin cierto ingenio, que Illich en lugar de proponer una Sociedad sin Escuela, se ha dedicado a criticar una escuela sin sociedad, es decir, una organización escolar, ahistórica, intemporal, abstracta e incluso metafísica. Se ha afirmado, que el pensamiento de Illich es en unos momentos, rigurosamente lógico y equilibrado, mientras que en otros, se muestra contradictorio e incluso inconsecuente, caracteres inherentes por otra parte a una doctrina que ante situaciones profundamente problemáticas percibe con claridad los conflictos, pero carece de agudeza para encontrar soluciones realistas. En ello residiría la principal paradoja de Illich: poseer una fuerza crítica impresionante que acaba por diluirse en la fragilidad de las soluciones propuestas (30).

Si bien su crítica de la escolarización sería en múltiples aspectos acertada e incluso lúcida y brillante, no sucedería lo mismo con las alternativas por él ofrecidas. Los llamados «canales del saber» parecen inadecuados para ofrecer una educación generalizada y son además compatibles con la existencia de un sistema escolar institucionalizado. Por otro lado si se dice que la escuela es un instrumento de manipulación, es muy posible que las alternativas señaladas por Illich, corrieran semejante suerte. Además la transformación de sistemas escolares precisaría una organización o el apoyo de grupos específicos para que los objetivos utópicos se pudiesen plasmar en reivindicaciones concretas, y la crítica, la protesta y la denuncia de Illich se concretan en un programa de alternativa.

Para Herbert Gintis (31) la fuerza del análisis de Illich, procede de su metodología de la negación, a la vez coherente y sugerente. Los principales elementos de la concepción liberal de la sociedad, consumo, educación, actuación del Estado Providencia son desmitificados por su crítica negativa que, sin embargo, es lineal y no dialéctica. Illich no es capaz de superar sus propias negaciones, de acceder a una síntesis superior, más allá de un rechazo

(30) RICARDO NASSIF: La teoría de la «desescolarización» entre la paradoja y la utopía, *op. cit.*.

(31) HERBERT GINTIS: Critique de l'illichisme, en *Les Temps Modernes*, núm. 314-315, 1972, p. 525-557, especialmente pp. 556-557.

completo de las formas de vida de las sociedades altamente industrializadas. En Illich—afirma Gintis— «existe un postulado implícito de una esencia humana universal, anterior a toda experiencia social, que podría desarrollarse, pero que está reprimida por instituciones manipuladoras», el individuo deberá liberarse convivencialmente buscando su propio camino de desarrollo individual. Para Gintis, la crítica de la sociedad parte de las instituciones económicas de base que regulan la vida social, mientras que para Illich aun haciendo referencia a los problemas económicos ofrece un enfoque diferente.

Hay quienes opinan que la aportación de Illich parece servir a las necesidades de sociedades avanzadas que se han cansado de su privilegiada situación educativa y que se muestran insatisfechas y frustradas aun disfrutando de una gran opulencia económica (32).

En opinión de Vogt (33) las teorías desescolarizadoras encuentran acogida entre ciertos sectores de USA, ya que disolver la Escuela y por extensión otras instituciones educativas como la Universidad, en la sociedad (tesis suscrita por Illich) contribuiría a debilitar las reivindicaciones estudiantiles y la contestación de la juventud de dispersar los núcleos en que se encuentra. Algo parecido a lo que hubiese supuesto en el siglo XIX y frente a las luchas obreras y sindicales, el intentar «destruir la fábrica»; haciendo trabajar a los obreros en sus domicilios, quitándoles así la posibilidad de agruparse, asociarse y elaborar unas reivindicaciones comunes. El pensamiento de Illich, puede ofrecer una cobertura ideológica a quienes desean limitar los gastos dedicados a educación o a quienes desean hacer escuelas o instituciones educativas selectas.

La lucha por el acceso a la enseñanza y la democratización de la misma es una constante en la evolución contemporánea de las sociedades, la supresión de la escuela aparecería para aquellas que han estado privadas (o están) de ella, como una nueva tentativa de negarles el acceso a la formación (34).

(32) Esta crítica podría ser suscrita por aquellos países en proceso de desarrollo que consideran a la escuela como un instrumento de promoción social ya que todavía tienen sin escolarizar a muchos de sus habitantes, y para quienes la industrialización se considera un factor de progreso.

(33) G. MENDEL y CH. VOGT: *El manifiesto de la educación*, Ed. Siglo XXI, pp. 171 y 55.

(34) *Cuadernos de Pedagogía*, op. cit., núm. 7-8, pp. 9-10.